



Por Diseño Estratégico y Análisis Prospectivo.  
estpol73@aol.com

El arribo de Barack Obama a la Casa Blanca representa un hito en la historia política de EU. Las razones son variadas: empezando por el hecho inédito de que un afroamericano (en buena medida ajeno al *establishment*) haya logrado: primero, la nominación demócrata en reñida contienda con la senadora Hillary Clinton; y después, una victoria holgada en la elección presidencial sobre el experimentado candidato republicano John McCain.

**A**ún más importante es que el triunfo de Obama es fruto de una amplia participación de sectores poblacionales que, antes de esta ocasión, se habían caracterizado por su escasa participación electoral. El fenómeno Obama es también digno de atención en tanto se fincó en una nueva forma de hacer y comunicar la política.

El uso inteligente de las formas emergentes de comunicación (correos electrónicos, mensajes de texto, *blogs*,

videoclips, etc.) lo pusieron en contacto con las tendencias culturales de la sociedad contemporánea y, en particular, con la juventud. Se solicitó el apoyo de los grupos que tradicionalmente apoyan a los demócratas (como los grandes sindicatos), pero este apoyo no fue el decisivo y, en tal medida, Barack Obama alcanzó la Presidencia en condiciones garantes de un margen importante de autonomía respecto a los sindicatos, el mundo de los negocios y los grandes donantes.



## Expectativas y restricciones políticas

Para Barack Obama y sus más entusiastas seguidores, la campaña fue una suerte de sueño que culminó con éxito. Sin embargo, ésta ya concluyó y enfrente quedan las arduas tareas de gobierno en un entorno francamente adverso. Tal vez el primer gran desafío del nuevo presidente de EU consista en tomar decisiones a la altura de las enormes expectativas que tanto en el plano interno como en el externo despertó su promesa de cambio.

Se trata de un desafío formidable, toda vez que, en relación con la magnitud de los problemas económicos y de política interna y externa con los que deberá lidiar, las expectativas son enormes.

Tal vez el primer gran desafío del nuevo Presidente de EU consista en tomar decisiones a la altura de las enormes expectativas que tanto en el plano interno como en el externo despertó su promesa de cambio.

Obama cuenta a su favor con un enorme capital político. Su legitimidad está más allá de todo cuestionamiento y cuenta con amplias simpatías dentro y fuera de EU. Adicionalmente, tendrá a su favor una mayoría demócrata en ambas cámaras de Congreso. El reto es cómo usar dicho capital político para enfrentar la adversidad y el complejo entorno político.

Las expectativas apuntan a una suerte de refundación ética de la política. Una porción considerable de quienes prefirieron a Obama, sobre todo los que votaron por primera vez, vieron en él al político capaz de sacudirse la inercia del *establishment* de Washington, una suerte *outsider* que no carga con el desprestigio de la clase política convencional. No obstante, para gobernar resulta imposible ignorar las reglas escritas y no escritas del *establishment*. De hecho, algunos de los más conspicuos miembros de su gabinete son representantes emblemáticos de dicha clase política, empezando por el Vicepresidente Biden y la Secretaria de Estado Clinton.

Así las cosas, el reto será lograr un equilibrio entre prudencia y audacia, entre idealismo y realismo. Y en tanto esta tensión nunca pueda ser resuelta de una vez por todas, la administración de Obama estaría condenada a caminar sobre el filo de la navaja, en un precario balance entre imperativos opuestos.

Otro reto no menor se refiere a la capacidad del Presidente Obama para cumplir con sus principales promesas de campaña, sobre todo aquellas que marcaron una diferencia nítida respecto a la oferta político-electoral de su adversario republicano. Se trata de la agenda no sólo más identificada con el ideario del sector liberal, secular y cosmopolita de la sociedad estadounidense, sino de algo aún más importante: lo que podríamos denominar la agenda de la construcción del futuro.

La pregunta es hasta qué punto, en el actual contexto de crisis económica (cuando los programas de rescate se traducirán en fuertes cargas fiscales y, por ende, en una reducción del margen de maniobra financiero del gobierno), se podrán emprender los proyectos más ambiciosos que apuntan al futuro. En términos más claros: ¿cómo compatibilizar

en el terreno de la acción de gobierno la necesidad de introducir cambios de fondo en los sistemas de educación pública (sobre todo en el nivel básico con la atención a los imperativos más apremiantes en la actual coyuntura, como el rescate del sistema bancario)? De igual manera, cabe plantear dudas a propósito de la viabilidad de la reforma del sistema de salud. Y

lo mismo se puede apuntar en relación con dos asuntos clave, íntimamente ligados: la transición energética y el medio ambiente (en especial, la problemática del calentamiento global).

No menos complejo es el reto que se deberá enfrentar en política exterior. Aquí, el Presidente Obama enfrentará un doble desafío: el de las expectativas de la sociedad norteamericana, resumidas en la demanda de una salida pronta de Irak; y el de las expectativas del resto del mundo, que espera de él una nueva forma de liderazgo. En su carácter de superpotencia única, EU debe dar respuesta a qué significa la hegemonía en el entorno actual. Es la primera potencia militar, la economía más grande, la principal fuente de innovaciones y la principal exportadora de valores y tendencias culturales en el mundo contemporáneo. En dicho sentido, no tiene parangón.

Pero a pesar de esta hegemonía indisputable, es preciso reconocer que, en el mundo de hoy, donde la naturaleza ►►

global de las problemáticas financiera, ambiental y de seguridad demandan dosis crecientes de cooperación, ningún país puede por sí solo resolver los problemas ni asumir todos los costos. El multilateralismo se impone y, en dicho sentido, habrá que enmendar las tendencias al unilateralismo y al uso de fuerza por las que apostó el gobierno de Bush.

La principal tarea será dar cumplimiento a la promesa de salida de Irak. El asunto resulta espinoso e infinitamente más difícil que el cierre, por casi todos aplaudido, de la cárcel de Guantánamo. ¿Hasta qué punto y cuándo podrá EU dejar en manos de un débil gobierno iraquí la conducción de un país devastado por la guerra y con una economía en bancarrota; de un país convertido (de hecho, por la intervención norteamericana) en base de operación del terrorismo fundamentalista? Un Irak fallido es garantía de mayor inseguridad e inestabilidad en el Medio Oriente, amén de una presión adicional y una incertidumbre sobre el comportamiento del mercado petrolero mundial. La cohesión de Irak no está asegurada y todo indica que una salida rápida de EU se traduciría en la fractura de un país que es pieza clave para la seguridad.

Pero más allá de las respuestas dadas a cada uno de éstos y otros desafíos a la política exterior (Afganistán y Al Qaeda, Corea del Norte, África, el conflicto India-Pakistán, China e Irán), el reto global se llama liderazgo: una nueva forma de ejercicio hegemónico basado en la construcción de consensos en torno a los imperativos a satisfacer para acceder a la seguridad global y, desde luego, avanzar en la construcción de una nueva institucionalidad multilateral, portadora de nuevas reglas del juego en materia económico-financiera, energética y ambiental.

### El desafío económico

Mención aparte merece el reto económico. EU y el resto del mundo enfrentan los efectos de una crisis financiera y económica de proporciones no vistas desde los 30. Se insiste en el rescate del sistema bancario. Y es obvio: resulta indispensable que el crédito se reactive. Pero la pregunta clave se refiere a cómo.

Sin duda, la legitimidad del nuevo mandatario resultaría lesionada si la canalización de recursos públicos no implica alguna modalidad de imposición de costos a quienes con

sus decisiones contribuyeron a la crisis ni se traduce en la adopción de nuevas reglas de operación, sobre todo en rubros como la transparencia. Sin embargo, parar llevar a cabo una tarea de esta índole, el gobierno demócrata enfrenta restricciones de orden ideológico y no sólo técnico, toda vez que la aportación de recursos fiscales enfrenta el tabú de la participación accionaria del Estado en los bancos, así fuera sólo temporal.

Mientras tanto, el costo de los programas sigue subiendo. A los 700 mil millones del paquete propuesto por el entonces Presidente Bush, se deben sumar los más de 800 mil millones del paquete Obama. El problema es que no hay indicio alguno de que con ello mejorará la situación. Más aún, cabe dudar medidas convencionales como las reducciones de impuestos, sobre todo cuando éstos no se orientan preferentemente a las familias de clase media, en la inteligencia de que esta medida, al incrementar el ingreso disponible, podría más fácilmente ser canalizada hacia un mayor consumo.

Menos afortunadas parecen las decisiones que refuerzan el nacionalismo económico. Como lo muestra con claridad la experiencia de la crisis de los años 30, ante las dificultades y las incertidumbres, tanto los individuos como las sociedades reaccionan instintivamente en busca de protección y se cierran sobre sí mismos. El programa *buy american*, orientado a fortalecer el mercado interno, no sólo resulta cuestionable a la luz del Tratado de Libre Comercio, sino

que en la medida en que todas las economías desarrolladas empiecen a cerrarse, la posibilidad de una recuperación mundial se pospone.

Así las cosas, el reto de la administración Obama será lidiar con una situación en extremo difícil, donde se enfrentan intereses diversos y donde, lo más importante, las urgencias impuestas por la coyuntura, podrían conspirar en contra de los proyectos portadores de futuro. En particular, es difícil el reto de rescatar al sistema bancario sin caer en el riesgo moral. No menos importante es de qué manera resistir la tentación de políticas populares, como todas las relacionadas con el nacionalismo económico y, por el contrario, impulsar vías que realmente apuntan al ensanchamiento de las oportunidades de inversión productiva. Se trata de hacer de la crisis una oportunidad. ❁

Barack Obama tiene un desafío formidable en relación con la magnitud de los problemas económicos y de política interna y externa con los que deberá lidiar. Las expectativas son enormes.